

MICHAEL FOOT

E. P. Thompson, propagandista nuclear e historiador, entrevista al dirigente laborista Michael Foot.

Estas son sus opiniones sobre unilateralismo, el Estado y la política del Partido Laborista.

—¿Podemos empezar con una preocupación común, como es, obviamente, el tema del desarme nuclear?

Cuando éste aparece, se establecen las discusiones entre las dos superpotencias y no atañen directamente a Euro-

pa. En mi opinión esto es algo positivo. Para el movimiento pacifista sería un grave error el dejarse envolver en polémicas detalladas sobre el balance nuclear.

Ambas partes van a hacer referencia a casos concretos. Yo creo que el movimiento pacifista tiene que ir más lejos, tiene que seguir presionando, tiene que traer a colación el tema del campo de batalla y el de las armas de neutrones y teledirigidas. Esa es la tarea del movimiento pacifista: no situarse entre las superpotencias sino estar continuamente presionando.

M. F.—Las negociaciones de noviembre no se habrían iniciado nunca de no ser por la presión pública generalizada en Europa, especialmente aquí en Gran Bretaña. No creo que Reagan hubiera seguido adelante con la oferta de la denominada «opción cero» si no hubiera existido esta presión.

Hasta dos o tres semanas antes de que Reagan la hiciera, quienes trabajan para los americanos en el asunto del control de armamento no eran favorables a la oferta. Cuando nos entrevistamos con alguno de ellos, propusimos algo parecido a la opción cero, aunque sobre ésta hay varias definiciones, y hemos abogado por ella durante mucho tiempo.

En nuestra conferencia de mayo de 1980 aprobamos un documento que decía que la Unión Soviética había desplegado ya los misiles SS-20 y que la OTAN había tomado la decisión de equiparse con misiles Cruise y Pershing 2, pero que tendría que haber un intervalo de tres o cuatro años

antes de que fueran desplegadas nuevas armas de la OTAN.

Considerábamos imperioso que este espacio de respiro fuera utilizado para prevenir otro paso adelante en la espiral armamentista. El Partido Laborista solicitó que el gobierno británico entrara inmediatamente en las negociaciones Este-Oeste con el objetivo de alcanzar nuevos acuerdos que asegurasen la retirada de los misiles Cruise y SS-20.

Presentamos peticiones al gobierno pero hasta el presente no han hecho maldita cosa; ahora parece que le dan el visto bueno al presidente Reagan una vez que ha emprendido cualquier proyecto. No han hecho el más mínimo esfuerzo, por lo que yo veo, para conseguir que las negociaciones continuasen o para presionar en favor del denominado objetivo cero, como hicimos nosotros.

Pero en lo que se refiere a que el movimiento pacifista se ha visto cogido en un debate sobre el equilibrio, hay mucho de lo que usted dice. Nosotros hablamos con los rusos sobre el equilibrio y cuestionamos sus peticiones sobre el tema. Pero, como Partido Laborista, nunca hemos opinado que el debate sobre el balance fuese crucial, y pienso que hubiera sido un error hacerlo. El número de armas es tan inmenso por ambas partes que la idea de que se puede hacer un balance acertado, ponderado, es un absurdo. Y si se acepta el quedar envuelto en ello, se puede ser víctima de una maniobra de diversión.

A pesar de ello, tenemos que ser conscientes de que

mucha gente va a comprometerse en debates sobre el equilibrio, y puede ocurrir que las primeras semanas, e incluso meses, de negociaciones se vean inmersos en este tipo de cuestiones, porque los rusos opinan sobre este tema de manera muy diferente a los americanos.

Por lo que yo veo, ellos mantienen ese punto de vista de manera sincera; creen que ahora hay, en líneas generales, una especie de equilibrio. Y tienen algunos motivos para decir eso. No sólo lo dicen, sino que también lo dijo Carter cuando era presidente de los EE.UU., y los rusos tienen derecho a citarlo como prueba a su favor. Pero, independientemente de quien tenga razón, el tema de un desarme de mucho mayor alcance sigue pendiente.

—El movimiento para el desarme europeo —y ésta es también la perspectiva de nuestros amigos de Noruega, Holanda, Alemania y otros sitios— tiene otra opción cero, que nosotros tratamos de defender firmemente ante la opinión pública, y es limpiar todo el continente de bases y armas nucleares, sean del Este o del Oeste. Ahora bien, incluso si somos optimistas sobre las actuales negociaciones en lo que se refiere a armas nucleares intermedias —y yo no soy tan optimista como usted— cuando sea usted quien dirija la administración británica, como esperamos que ocurra en 1983 ó 1984, aún habrá una cantidad inmensa de armas de este tipo en Europa. Estarán todas las armas tácticas, Polaris, los planes para el Trident y los F-111 volarán desde bases británicas. ¿Cuál va a ser el primer paso que usted va a dar en este de-

signio, que es un designio que viene de lejos, de tomar la iniciativa del desarme británico?

M. F.—Bueno, no creo que pueda darle una respuesta correcta y detallada, porque no sabemos exactamente cuál será la situación en ese momento. Puede que yo sea ligeramente más optimista que usted sobre las posibilidades de éxito en las negociaciones, pero no estoy diciendo que crea que el éxito esté asegurado ni nada por el estilo. Han de producirse negociaciones extremadamente difíciles pero deseo ardientemente que tengan éxito; y estoy seguro de que el movimiento pacifista de todos los países quiere también este éxito y hará todo lo que esté en sus manos para conseguirlo.

Pero si las negociaciones fracasan, me caben pocas dudas de que un gobierno laborista que llegara al poder se declararía partidario de quitar los misiles Cruise y Pershing.

—Si no le importa, yo afirmaré que en el movimiento pacifista existe un problema de credibilidad con respecto a los laboristas. No es un problema de credibilidad personal de usted, pero si analiza los debates parlamentarios sobre la defensa y la política exterior de los dos últimos años, los portavoces parlamentarios de la oposición laborista no decían lo mismo que lo que el partido decía. Han continuado hablando en términos que yo he llamado «atlantistas», es decir, desde el punto de vista de quien se considera claramente un leal aliado de los EE.UU.

¿Cómo se va a pronunciar el gobierno laborista?

M. F.—No niego que existe

un considerable escepticismo que nace de lo que ha ocurrido en el pasado o de las posibilidades actualmente existentes. Pero si se considera a nuestro portavoz en el Parlamento (y no voy, naturalmente, a criticar a nadie personalmente, y por lo que se refiere al año pasado, si alguien ha actuado mal, yo soy tan responsable como ellos) no se da el caso, en mi opinión, de que se hayan dicho cosas que están en contradicción con la política del partido.

Lo que se ha hecho es plantear la cuestión del Trident, por ejemplo, y se ha hecho de forma rotunda. También hemos dejado claro que queremos que las negociaciones sigan. Y se ha hecho, asimismo, rotundamente.

Lo que no se ha planteado es el tema unilateral completo. No hay duda ni tapujo, y sería hipócrita aparentar otra cosa.

Existen, desde luego, notables diferencias entre las secciones del partido e, incluso, entre las secciones de los responsables parlamentarios del partido en esta materia, de forma que tendrá que haber convencimientos, replanteamientos y discusiones.

Pero cuando usted dice que todo lo que ellos han presentado es un punto de vista atlantista, vinculado a la OTAN, debe también tener en cuenta que el Partido Laborista está, a su vez, implicado en la alianza. Siempre que este tema ha sido debatido en una conferencia del partido, la decisión ha sido ampliamente favorable a la permanencia de Gran Bretaña en la OTAN.

Ahora, eso acarrea algunas obligaciones. Usted podría decir que hay una inconsistencia lógica en esta situación, pero ha sido hecha con el apoyo de amplios sectores de quienes defienden apasionadamente el desarme nuclear.

—*He estado recientemente en Dinamarca y en Noruega y en ambos sitios hubo socialdemócratas que me preguntaron qué pensaba sobre la posibilidad de invitar, cortesmente, a los Estados Unidos a abandonar la OTAN.*

M. F.—Bueno, no sé si podría usted hacerlo así.

He mantenido conversaciones con compañeros socialistas de los países más pequeños que son miembros de la OTAN: Noruega, Dinamarca, Bélgica y Holanda. Todos ellos, de una u otra forma, están resueltos a no aceptar armas nucleares en su territorio o a oponerse a los misiles Cruise, pero están, asimismo, a favor de permanecer en la OTAN, y eso significa que aceptan también las obligaciones que ello implica. En ese sentido, son también atlantistas. No creo que los noruegos o los daneses afirmen que su política favorable a una zona no nuclear implique una ruptura de su vinculación atlántica.

Toda la polémica sobre la OTAN ha venido subrayada por las terribles manifestaciones de Reagan y la idea de guerra nuclear limitada. Hay una divergencia de puntos de vista entre los poderes más pequeños y los superpoderes, incluso entre las potencias más pequeñas de la OTAN y los Estados Unidos. Ocurre así porque los Estados Unidos, sus expertos militares, han sido preparados para considerar el resultado de una guerra

nuclear limitada en Europa que a ellos no les afectaría. Presumiblemente toda la idea de una «respuesta flexible» lleva implícita esa noción.

Esa idea está desapareciendo. Nunca se debiera haber permitido que formara parte de la estrategia nuclear occidental. Pienso que era una monstruosidad ya que implicaba no sólo la idea de usar armas nucleares sino la de que tendríamos que ser los primeros en recurrir a ellas. Y la creencia de que Estados Unidos podría, en última instancia, estar dispuesto a refugiarse en esa estrategia, le ha dado un tremendo ímpetu al conjunto de la revuelta europea. Creo que esta situación se va a ver también afectada por estas negociaciones porque, si tienen éxito, eso significaría que repudian totalmente esa doctrina. Toda esa idea está siendo repudiada por países que están en la OTAN.

En consecuencia, volviendo a su irónico método de enténderselas con la OTAN expulsando a los Estados Unidos, los EE.UU. tendrán que aceptar el hecho de que está desarrollándose en Europa un movimiento muy fuerte que, por una serie de razones diversas, no quiere romper la alianza pero que no está dispuesto a aceptar la teoría nuclear estadounidense para la alianza.

Y yo pienso que esta rebelión va a tener éxito. Desde luego leo cuidadosamente lo que usted dice sobre una zona no nuclear que cubra la totalidad de Europa, y el Partido Laborista está comprometido también con ese objetivo. Y me ha interesado mucho la lectura del reciente artículo de George Kennan en el *New York Times*.

Expone un programa bajo el cual las potencias occidentales podrían hacer propuestas encaminadas a la consecución de una Europa no nuclear, y explica por qué podría ser ésta en realidad una acción ventajosa tanto para el oeste como para los rusos; crea el contexto para un próximo paso adelante. No es exactamente ésta la política del Partido Laborista, pero no hay nada que impida ir en esa dirección.

No obstante, tenemos que afrontar el hecho de que, si bien hay un amplio apoyo socialista en Europa para tal punto de vista, también existe oposición. Tenemos que estar preparados para discutir con quienes se oponen y convencerlos, y no va a ser fácil. No es bueno hablar sobre una Europa no nuclear, sin Francia, por ejemplo.

No digo que ellos puedan tener un veto absoluto sobre la manera en que nosotros procedamos, pero estoy convencido de que, si nuestra voluntad de conseguir una Europa no nuclear es sincera, tenemos que discutir con los franceses, y debiéramos hacerlo a través de la Internacional Socialista. La actitud francesa es muy dura, aparentemente casi inflexible, en lo que se refiere a su propia amenaza nuclear. Pero en otros aspectos se han mostrado dispuestos a cambiar, aceptando varias de las propuestas que sobre el ámbito de las armas nucleares hicimos nosotros a la Internacional.

Lo que intento poner de relieve es que tenemos que hacer un esfuerzo tremendo para lograr persuadir a los socialistas que gobiernan en Europa occidental de que discutan cómo vamos a actuar.

—*Vuelvo a lo que usted dijo sobre el nuevo tipo de cuestiones y de movimiento que está surgiendo ahora y voy a tratar de ampliarlo, no sólo en lo que se refiere al desarme, sino el tema de la propia guerra fría. Así podré explicar las ideas que estuve redactando durante esta semana para esa conferencia de Dimbleby y que no tuvo lugar: «Más allá de la guerra fría».*

M. F.—*¡La conferencia más esperada después de la del Sermón de la Montaña!*

—*Hay dos novedades. Una, que usted ha mencionado, el sentido de un movimiento autónomo contra las dos superpotencias. Existe un deseo de salir a flote de una situación que está creando un marco de guerra fría.*

Pero tenemos también un nuevo tipo de movimiento pacifista, no alineado, y que no beneficia a ninguno de los dos bandos. Es, asimismo, un movimiento que une la demanda de paz a la demanda de libertad, de derechos civiles. En Alemania, en Holanda y en Noruega el movimiento pacifista está a favor de la solidaridad. Es una influencia estabilizadora, que le dice a los rusos «estaos quietos, dejad a Polonia ser Polonia» y, con referencia al PASOK de Grecia, dice: «dejad a Grecia ser Grecia».

Explico a continuación lo que yo entiendo por atlantismo. Como quiera que la guerra fría se inició hace treinta y cinco años, fuera quien fuera el culpable, lo cierto es que separó la causa de la paz de la de libertad. Si se lucha por la paz en el oeste, se es pro-ruso; si se lucha por la libertad o los derechos civiles en el

este, se es pro-occidental. Ahora ya tenemos un movimiento vinculador.

En mi opinión, el atlantismo situó a la socialdemocracia occidental, y al propio Partido Laborista, fundamentalmente bajo la hegemonía del poder capitalista más desarrollado del mundo, en sus opciones militar, diplomática e, incluso, económica. Y la crisis que se desarrolla ahora en la socialdemocracia occidental se debe a que las razones para aquella situación han desaparecido.

Y en la actual tradición socialista occidental late el sentimiento de que pueden liberarse de ese control hegemónico del capital americano, y de que pueden establecer una perspectiva europea que empiece a organizar el continente con un discurso político transcontinental, en el que los movimientos que luchan por los derechos civiles en el este y los que lo hacen por un socialismo democrático en el oeste empiecen a hacer causa común.

Es un punto de vista esperanzador pero es, sobre todo, la actitud de gran cantidad de jóvenes europeos, y pienso que tanto del este como del oeste. Están hastiados de la guerra fría, están cansados de la ideología y las posturas de la guerra fría. Quieren relacionarse y viajar mucho más; están necesariamente a favor de los derechos civiles y en contra de las armas. Esta es una corriente de opinión muy fuerte.

Me parece que esto le daría a un nuevo gobierno laborista todo tipo de opciones nuevas que no han existido hasta ahora. Sería posible entablar

un diálogo de este tipo en un nivel político distinto.

M. F.—Bueno, yo no disiento en modo alguno del deseo de que nos unamos, de confluir con esa corriente y no creo que la masa del Partido Laborista haga otra cosa que aceptarlo con gusto. Creo que esto puede darle una dimensión completamente nueva a la política exterior. Pero creo que ya ha evolucionado y no es sólo un movimiento europeo.

La Internacional Socialista tiene un papel importante que jugar en ello, porque representa a países que están en el Mercado Común y a países que no están en él. Realmente uno de los procesos más llamativos dentro de la Internacional durante los últimos dos o tres años ha sido la vinculación con lo que está ocurriendo en América Latina; ha sido un factor crucial para el apoyo socialista europeo a lo que ocurre en Nicaragua, El Salvador y otros lugares. Se puede hacer críticas al nuevo gobierno socialista francés en otros aspectos, pero no creo que ningún socialista deje de sentir una gran admiración por el papel que éste juega intentando respaldar el desarrollo de una política exterior socialista en estos asuntos. También pienso que esto podría aplicarse a lo que está ocurriendo en África del Sur.

Se está desarrollando en estos temas una nueva actitud europea que no tiene nada que ver con la conexión atlántica y, en ese sentido, constituye un repudio del «atlantismo» al que usted se refiere. Y es lógico repudiarlo porque la política atlantista —la política americana o del Departamento de Estado— es contraria,

en este aspecto, a los derechos humanos, opuesta a un desarrollo apropiado, y persistentemente aferrado a las viejas actitudes de guerra fría.

No digo que los rusos no tengan ninguna responsabilidad en algunos de estos lugares; por supuesto que la tienen, y en muchos de los procesos del sur de África y de África en general, la Unión Soviética tiene una responsabilidad muy considerable de lo que ha ocurrido. Pero esto no altera el hecho de que se haya desarrollado, y se deba desarrollar más, una actitud socialista diferente, que debe ser netamente diferente de la vieja actitud de guerra fría.

Por eso, volviendo al asunto de Polonia, lejos de aceptar los ataques contra usted y otros, que afirman que la actitud de ese movimiento ha jugado a favor de los rusos, siguiendo la política soviética, creo que es exactamente lo contrario.

Los dirigentes soviéticos han sido disuadidos de llevar a cabo acciones más extremas en Polonia porque temen que ello comprometiera la posibilidad de distensión y desarme. Nosotros expresamos ese punto de vista cuando estuvimos en Moscú. No digo que fuéramos nosotros los que les hayamos persuadido, pero desde luego les impulsamos en ese sentido. Nosotros dijimos que reconocíamos que ellos querían la distensión; ellos tienen su propio punto de vista sobre lo que ésta significa, pero estoy seguro de que no quieren presenciar una intensificación de la carrera de armamentos y de la guerra fría.

Por esa razón algunos países europeos reaccionaron ante la invasión de Afganistán

de manera diferente a los americanos. Quizá no les gustó la invasión ni la aprobaron en modo alguno, pero no creyeron que el problema tuviera tal envergadura que destruyera toda posibilidad de distensión. Por eso, la protección al pueblo de Polonia y al ejercicio creciente de sus derechos se ve apoyada por la causa del desarme en Europa occidental, que, de ningún modo, la obstaculiza.

Y creo que en la Unión Soviética hay un número considerable de personas que lo han entendido así. Sin duda han tenido debates que parecían tender a una actitud mucho más dura..., todos debemos esperar y confiar en que no van a hacerlo. Pero, lejos de constituir un estímulo para que sigan en esa línea, estoy seguro de que el movimiento en favor del desarme da esperanzas a los rusos y abre esperanzas de que en Europa oriental pueda producirse una evolución.

Algunos de nosotros, como usted recordará, aspirábamos a esas cosas hace veinticinco años, antes de los terribles acontecimientos de 1956.

—*Si entonces se hubiesen atendido las llamadas a una mayor prudencia, si hubiésemos ganado entonces aquellas propuestas, el proceso se podría haber acelerado. Porque uno de nuestros argumentos es que aumentando la presión del armamento y de los misiles sobre el Este, estamos fortaleciendo la línea dura de la inseguridad militar en la Unión Soviética. Si podemos disminuir la presión, si se produce un sentimiento de verdadera relajación, entonces la Unión Soviética estará suficientemente madura para diversos tipos de cambio.*



M. F.—Lo acepto plenamente; aunque no creo que el Oeste sea la única causa de la violenta reacción soviética, es indudable que, con anterioridad a 1956, la acción occidental contribuyó a la intensificación de la reacción soviética.

—Creo que la supresión de la primavera de Praga en 1968 fue indignante, y no fue el Oeste quien contribuyó seriamente a ella. Creo que constituyó el mayor atentado contra una verdadera distensión popular en Europa y contra un intercambio entre los pueblos; hay que confiar de verdad en que la actual dirección soviéti-

ca haya aprendido la lección que de ello se deriva.

M. F.—En el caso de la acción de 1968, al Oeste le cabe una responsabilidad inmediata mínima, en comparación con 1956, cuando tal vez las acciones occidentales en Suez facilitaron, en parte, la reacción soviética en Hungría. Pero, hasta el presente, la Unión Soviética ha intentado tratar con Polonia de manera distinta a la de 1968, y todos debemos favorecer esta actitud.

—Cambiando ligeramente de tema, cuando hablamos de Polonia en el Oeste creo que

adoptamos un aire autosuficiente. Tal vez en el mundo occidental, y en este mismo país, necesitaríamos también algún tipo de renovación. Las peticiones de Solidaridad no serían fácilmente toleradas en los países occidentales.

Los trabajadores aeronáuticos polacos pedían el derecho a nombrar su propio director gerente. Si los trabajadores de la British Leyland hicieran una petición de este tipo acerca de Sir Michael Edwardes, creo que ello provocaría menos entusiasmo en la prensa popular.

Bueno, este es un tema de debate, pero a lo que yo quería llegar, en realidad, es a que no sólo en el Este existe esa obsesión por la seguridad y esa burocratización. En algunos aspectos, se ha producido en nuestra vida política un retroceso bastante triste, en algunas áreas, de la vitalidad democrática de las instituciones británicas. Pienso en 1945 y en el sentimiento que los ciudadanos británicos tenían de lo que era su propio país.

Me temo que esto ha afectado incluso al Partido Laborista. Hay una sensación de que resulta estancado y burocrático, de que algunas cosas que han ocurrido bajo gobiernos laboristas —pienso en el sistema de jurados, en ciertas cuestiones de seguridad, en las cuestiones policiales— el propio Partido Laborista participó en las tendencias generales favorables a una sociedad más segregadora, más burocrática y más controlada. Así que, curiosamente, lo que el Partido ha perdido es esa capacidad de crítica radical, liberal con ele minúscula, que está en sus orígenes decimo-

nónicos, en la función del Partido, como uno de sus impulsos más fuertes.

Y a uno le gustaría notar que el propio movimiento laborista lleva consigo una renovación, y que un nuevo gobierno laborista llegará a tiempo de darle un nuevo contenido democrático a las instituciones británicas. Y que los mandarines —estén en el Ministerio de Defensa o en el del Interior— que se han estado oponiendo a este proceso democrático, serán controlados.

M. F.—Bueno, no puedo negar que se han producido algunos retrocesos, como los que usted describe. Pero creo que es demasiado simple afirmar que ello se debe a la sociedad británica y al movimiento laborista, de forma general.

Incluso comparada con el período posterior a 1945, puedo citar muchos campos en los que nuestra sociedad es más libre y muchos menos burocrática, incluyendo al propio movimiento laborista.

—Sí.

M. F.—En los años cuarenta y cincuenta, el movimiento laborista estaba dominado por una burocracia bastante fuerte controlada por un pequeño número de personas.

Si analiza usted el movimiento sindical, hoy aparece democratizado en un sentido mucho más real que hace treinta años, y existe un buen número de personas que entraron en él deliberadamente para colaborar a que eso ocurriera, gente como Frank Cousins y Jack Jones en el Transporte y en la Unión General

de Trabajadores, y muchos otros que podrían citarse.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero en lo que se refiere a la prensa, la historia es diferente. En 1945 teníamos el Reynolds News, News Chronicle, Daily Herald...

M. F.—Lo de la prensa no puedo negarlo. Volveré luego sobre ello.

Verá usted... Creo que subestimamos a los sindicatos. Volviendo al siglo XIX, se produjo el establecimiento de los derechos sindicales; esos derechos están ahora seriamente amenazados por las propuestas promovidas por los Tories. Esto ilustra el tema de la recesión. Sé que el gobierno del 74 al 79 es atacado, pero la legislación de entonces fue apropiada para la protección de los sindicatos de este país; lejos de producirse una vuelta atrás en esos derechos, creo que los establecimos sobre una base más firme.

Más aún, creo que hay otros campos en los que se ha producido una expansión continua, todos los cuales se encuentran ahora seriamente amenazados, como es el caso de las libertades civiles que implica el de la extensión de la educación. O, si tomamos el caso de la gente que no ha encontrado empleo y de la que ha perdido el suyo, las libertades civiles de los parados es un tema de gran relevancia; en su conjunto, hasta este año pasado, este tipo de libertades civiles —la capacidad de la gente para autosustentarse— ha estado protegida.

Todo esto se encuentra ahora amenazado. Pero explica por qué pienso que su afir-

mación sobre la recesión es demasiado simplificada. Hasta estos últimos dos o tres años, esos derechos han sido generalizados a la masa de los trabajadores, y esos derechos han sido su protección en la situación actual. Y eso está siendo atacado ahora.

Sin embargo, esto no quiere decir que no haya muchas cosas que necesiten ser arregladas. Pero si usted dice que hubo una reacción general contra los laboristas en el tema de las libertades civiles, yo no lo acepto.

—Yo no acusaba al Partido Laborista de ser el protagonista en este tema, yo decía más bien que hay una burocracia profundamente arraigada —particularmente en defensa, seguridad, policía y Ministerio del Interior— que de forma creciente han podido utilizar algunos ministerios casi como sumisos chupatinas. Y a uno le gustaría sentir que hay en el movimiento laborista un aire nuevo que pueda hacerle frente.

Estoy de acuerdo con usted sobre el tema de los sindicatos, pero pienso que la recesión ha sido más fuerte en el área de la defensa (la decisión sobre la modernización de la fuerza disuasoria, que fue tomada sin conocimiento pleno del gabinete) y en el campo de los secretos oficiales.

Y el hecho de tener una ley de secretos oficiales muy inflexible nos concierne a ambos, como escritores e historiadores. No tenemos libertad de información, nada comparable a los Estados Unidos. Todavía no podemos acceder a archivos bastante importantes que tienen que ver, tal vez, con la muy fuerte vigilancia

ejercida sobre nuestro propio movimiento sindical. Los ministros laboristas no han sido capaces de conseguir la apertura de esos archivos. Y uno quisiera ver una actitud mucho más decidida en este tipo de cuestiones.

M. F.—Bueno, no discuto lo que usted dice. Sobre el tema de los archivos, y de abrirlos a la investigación histórica, ha habido algunas mejoras.

—Pero se han excluido los temas delicados...

M. F.—Sí, lo sé, y es muy interesante analizar cuáles son algunos de ellos. No quiero referirme a ninguno que pueda resultar explosivo en este momento; pero algunos de ellos guardan relación con Irlanda, y algunas supresiones irlandesas resultan peculiares.

Yo no he estado personalmente en ningún departamento que tuviera que ver con este tipo de cuestiones. Pero no me cabe la menor duda de que tenemos mucho que hacer ahí.

—Es un asunto interesante, porque manifiesta una actitud muy británica: la de que hay ciertas personas, a veces desconocidas y anónimas, que son los guardianes de la influencia británica. Y que tienen más peso que nuestros propios representantes o gobiernos elegidos.

M. F.—No niego que haya algunas excepciones, muy importantes, que usted menciona.

Pero, en conjunto, no suscribo la idea de que los ministros están bajo el control de sus subordinados civiles. Si lo están, es culpa del ministro, y los ministros que quieren uti-

lizar nuestra actual administración civil para realizar los objetivos socialistas del Partido Laborista son perfectamente capaces de hacerlo. Mi experiencia en departamentos ministeriales es menor que la de algunos, pero nunca he tenido, o al menos no he sido consciente de ello, ninguna obstrucción por parte de funcionarios civiles en la realización de lo que yo quería hacer. Si eso no ocurre así, es culpa del ministro.

Verá, cuando hablamos de las libertades y protecciones civiles debemos tener en cuenta la enorme liberación que ha tenido lugar. Pienso que subestimamos nuestras victorias incluso cuando las tenemos.

Fíjese en la liberación de las mujeres. Sé que queda todavía una enorme cantidad de cosas por hacer, pero eso no altera el hecho de que durante los últimos diez años se han realizado muchas, y hasta la menor de ellas, mal que bien, por gobiernos laboristas.

Incluso el último de ellos —el del 74 al 79, tan criticado— ha tenido un balance de actuaciones, en el sentido de ampliar los derechos de las mujeres, más amplio y mejor que el de ningún gobierno anterior. En parte gracias a la ley sobre discriminación sexual y en parte por la igualdad de salarios y otras medidas contempladas por la ley de protección del empleo, la gente puede ahora recuperar su empleo tras el permiso por maternidad. Se introdujo un amplio abanico de medidas, algunas de las cuales han sido ahora suprimidas.

Y la medida más importante de todas, con mucho la más importante en mi opinión, fue el establecimiento de un subsidio de maternidad entendido

como un derecho de la madre, que constituye un elemento importante en las libertades civiles. Esto contribuirá probablemente más a hacer real la liberación de la mujer, que cualquier otra medida establecida durante la pasada década.

Así que, aunque no discuto el que haya aspectos en los que se han producido graves carencias, es muy importante para el movimiento laborista en su conjunto el que nosotros no pintemos un cuadro con negras tintas de reacción.

En parte porque no es verdad, y en parte porque ello impediría la acción futura.

Si la gente piensa que no se ha logrado nada —que todo el movimiento laborista de los últimos ocho años ha sido una especie de esfuerzo estéril que se ha estancado— va a orientarse hacia otros métodos de hacer las cosas. Y eso sería fundamentalmente pernicioso y erróneo.

El Parlamento es la institución democrática de este país y es absolutamente esencial que sea nuestro vehículo para todo, y que la gente comprenda que puede tener sus aciertos tanto como sus errores.

Después de todo, cuando se ponderan las instituciones de este país cuyas arterias se han esclerotizado, el Parlamento es una de las que todavía funcionan. Manteniéndose en su sitio desde Dios sabe cuándo, es en mi opinión una institución más liberal, en el mejor sentido del término, hoy, que cuando entré por primera vez en él en 1945.

Ciertamente el Partido Laborista opera sobre principios mucho más tolerantes que los que existían antes. Y quiero recalcar esto porque pienso

que un Partido Laborista debe ser la institución más tolerante y liberal, genuinamente liberal, del país.

—*Tal vez pueda volver sobre la última cuestión. Cuando volvemos la vista a la época anterior a los orígenes del Partido Laborista, los dos somos grandes admiradores de William Hazlitt. Y no sólo por lo que escribió y dijo, sino por un cierto talante. Hazlitt, sin ser socialista, era, en muchos aspectos, un político más radical que muchos de nosotros hoy. No tenía gran aprecio por la monarquía ni por la Cámara de los Lores, y hubiera preferido parlamentos anuales cuyos miembros serían más o menos delegados reelegibles, y todo eso. Convicciones radicales todas ellas que ahora están en baja.*

Pero hay un problema más profundo, que es que ese talante o crítica de Hazlitt —como el de Swift— es el que corresponde a un escritor que no se siente comprometido con los depositarios del poder. Y sus escritos están llenos de un desprecio por el poder, un desprecio por el cargo, una desconfianza con respecto no sólo de los aristócratas, sino de los partidos y formaciones políticas. Una defensa del ciudadano particular o de la persona común contra el poder del Estado.

Y aquellos de nosotros que actuamos en la vida política, y usted en particular, tenemos a veces que sentirnos escindidos en nuestro interior. Por un lado usted tiene el talante que entronca con Hazlitt, el talante del escritor, la desconfianza hacia el poder; por otra parte, usted está comprometido con el propio poder político.

¿Cómo se ve usted en este asunto?

M. F.—Bueno, experimento exactamente ese desdoblamiento que usted describe muy a menudo, tal vez en este momento tanto como lo haya podido sentir antes. Pero en esas ocasiones, una de las cosas a las que recurro para reconfortarme es al propio Hazlitt, porque Hazlitt escribió sobre esto. Una de sus cosas extraordinarias era que no solamente comprendió, como era de esperar, los sentimientos del rebelde y de la gente que protesta contra las miserias que él veía en torno suyo, sino que también comprendió los sentimientos de aquellos con quienes él no estaba de acuerdo.

Y protesta, la mayor parte de las veces, en términos de no compromiso; eso es difícil negarlo. No creo poder aceptar que él llevase su crítica a todos los temas que usted señala: no creo que apoyara nunca el sistema de democracia delegada de esa forma, pero desde luego atacó a la aristocracia como usted describe. Atacó a la monarquía, atacó al poder y tuvo todas las prevenciones sobre el poder que usted señala.

Pero tuvo un escaño en la Cámara de los Comunes y contempló lo que pasaba en ella. Y si usted lo lee, sus descripciones no carecen de matices, ni apoyan sólo a la gente que pudiera compartir sus propios puntos de vista; tiene muchos ensayos en los que capta el punto de vista del otro bando y ésa es una de las razones por las que resulta un crítico tan magnífico.

Fue desde luego muy censurado por mucha gente de izquierda que no consideraban

que tenían que luchar contra el enemigo en aquel momento. Podría citarle muchos de los párrafos en los que denuncia en los términos más furiosos a aquellos que se apartan del inmediato enemigo y de la batalla inmediata, y que se adormecen con sueños lejanos. El no estaba dispuesto a eso y ciertamente no aceptó la visión utópica de la política.

Describió también a gente realmente comprometida en la política, sus sentimientos y su manera de tomar decisiones y compromisos cuando realmente se comprometían. Podría proporcionarle una amplia selección de escritos de Hazlitt que podrían ayudar a políticos metidos en empeños difíciles, como yo.

La acusación que siempre se hace contra políticos laboristas, o contra muchos de ellos, es que cuando obtienen cargos y posiciones olvidan muy a menudo lo que les ha situado ahí; y muchos de ellos olvidan quién les puso ahí, o cómo llegaron ahí, o qué es lo que ocurre.

Pero el movimiento laborista —aunque hay muchas cosas que tienen que cambiar dentro de él— sigue siendo gran depositario de una gran vitalidad. Y tiene la vitalidad suficiente como para manifestarme las cosas que van mal cuando cree que las hay.

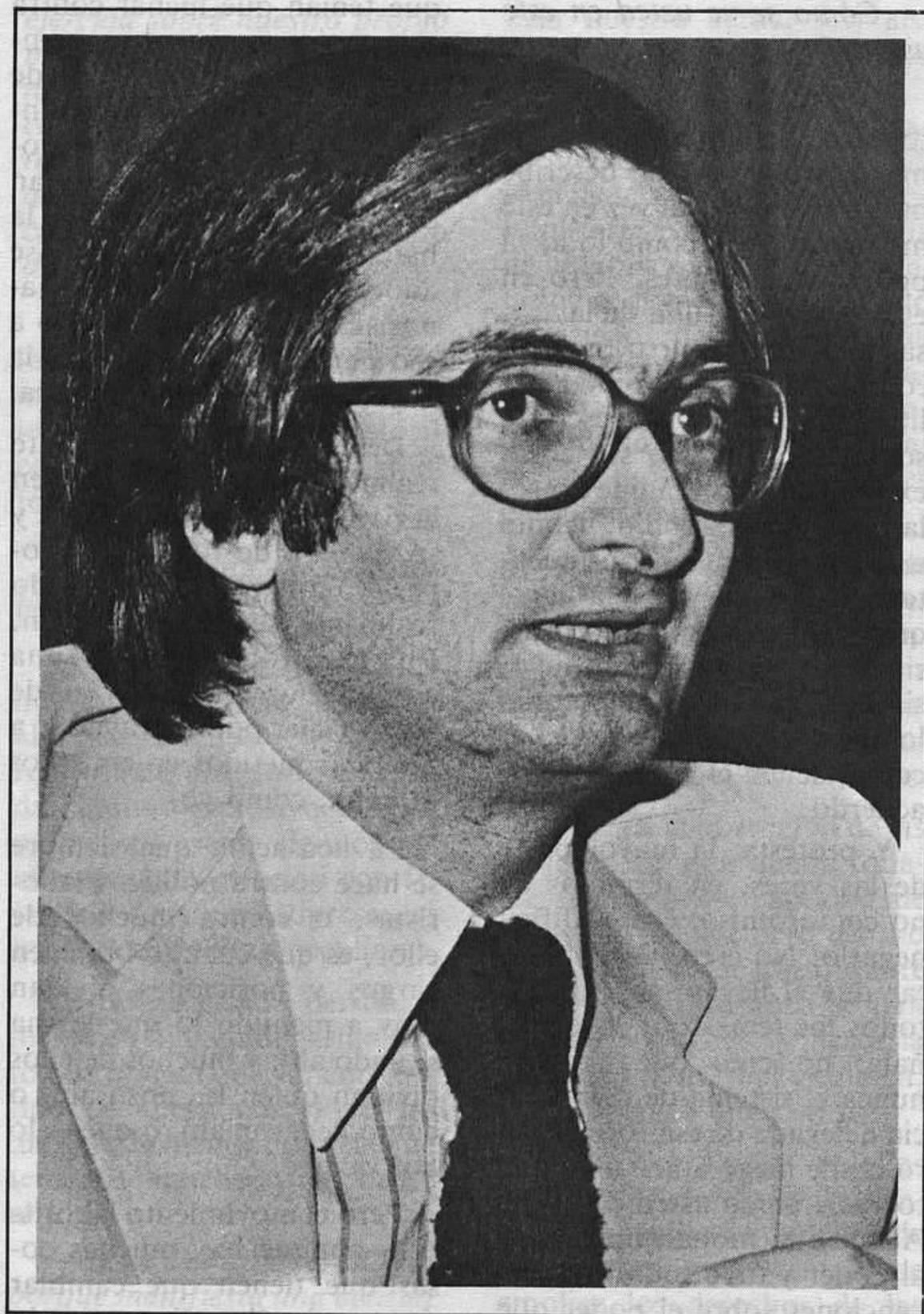
—*Bueno, usted es un dirigente político, pero Hazlitt está ahí, examinando, por encima de su hombro, lo que hace a la gente sentirse distinta con respecto a usted.*

(Esta entrevista se realizó en noviembre pasado.)

E. P. THOMPSON

© New Socialist

Traducción: F. Páez-Camino



JACQUES ATTALI

En un momento en que nuestra política económica se elabora a corto plazo, inscribiéndose en una visión de vuelta a lo idéntico, que permite creer que volveremos un día a los grandes equilibrios del pasado, Jacques Attali, uno de los consejeros de

François Mitterrand, propone una teoría fecunda de la crisis en una de sus dos últimas obras¹.

Una teoría fecunda porque no se ve la crisis ni como una simple avería del sistema, ni tampoco como una quiebra

de éste. Según Attali, la crisis, que está profundamente vinculada al sistema capitalista que necesita de ella para organizar el cambio, sólo puede analizarse otorgando a la economía el puesto que le corresponde, reconociéndola como una de las dimensiones de la producción de la propia sociedad.

De ahí que Jacques Attali rechace en toda teoría de la crisis el monopolio de la verdad. La crisis no es solamente la ruptura del equilibrio entre la oferta y la demanda (crisis de la regulación). No es solamente una disfunción en los procesos de producción y de reparto de la plusvalía proveniente del trabajo (crisis de la producción). Tampoco consiste en una ruptura del sentido o del acuerdo social (crisis de organización). Por el contrario, se trata de una situación que desgarrar todas las teorías, con independencia de que se sitúen en el campo de la regulación (Adam Smith, Keynes, etc.), en el de la producción (Marx) o en el de la organización.

Jacques Attali nos describe la crisis en la perspectiva de esos tres campos, de esos «tres mundos». Sólo si la inscribimos en ese amplio espacio de pensamiento, la crisis revela su trascendencia. Que no consiste tanto en salir de la crisis como en saber qué salida de la crisis es la que queremos. Se trata, según Attali, de elegir entre una «sociedad relacional» y una «sociedad de auto-supervivencia», en la que cada individuo aprenderá, sin violencia inútil, a desear consumir los bienes de supervivencia, a gozar de su propia sumisión, a querer comprar mercancías que sus-

tituyan a los actuales núcleos colectivos productores de demanda, la ciudad, la escuela, el hospital, etc.

Hemos querido hablar con Jacques Attali sobre dos cuestiones que nos parecían centrales: su método de análisis económico y el papel de la tecnología que, en su pensamiento, parece que sobre-determina el horizonte en el que se dibujan las opciones de la sociedad.

¿Qué tipo de interdisciplinariedad?

—En su teoría de la crisis, usted integraba la economía en el conjunto del quehacer humano. Destacaba usted la insuficiencia de los instrumentos clásicos de la economía. Así pues, tiene que inscribirla en un marco interdisciplinario. ¿Qué piensa usted de esta interdisciplinariedad?

J. A.—Es esta una palabra que no gusta especialmente. Creo que hay que comprender que la ciencia humana funciona a partir de metáforas que pertenecen a las ciencias físicas. Las dos metáforas principales en las ciencias humanas de los siglos XVIII y XIX, las de la mecánica y de la termodinámica, se han venido abajo porque las ciencias físicas han cambiado de paradigmas y han pasado a otros sistemas de explicación mucho más complejos, ligados a la teoría de las organizaciones. Pienso, pues, que hay que basar la interdisciplinariedad en esta teoría de las organizaciones, que se denomina todavía teoría de las fluctuaciones o teoría de las catástrofes, de acuerdo con una formulación aún no definitiva, ya que la teoría no

ha acabado de cristalizar². Se trata de ver en qué punto pueden converger hoy toda una serie de disciplinas dentro de ese modelo, dentro de ese paradigma. Por consiguiente, la interdisciplinariedad no es algo nuevo; siempre ha habido interdisciplinariedad. La economía clásica y el marxismo son interdisciplinarios en el sentido de que han tomado sus modelos de la mecánica y de la termodinámica. Han hecho converger sus teorías en una interdisciplinariedad. Marx es fantásticamente interdisciplinario. Pero en la actualidad se opera sobre una interdisciplinariedad distinta: la que gira en torno a las teorías de la organización, de la semiología y de la información.

—¿El objeto de la economía implica forzosamente la necesidad de interdisciplinariedad?

J. A.—Sí, la interpretación del mundo social exige siempre una interpretación global. En todas las épocas ha habido interdisciplinariedad. Lo que pasa es que, en general, ha estado enmascarada. El marxismo no dice la relación que mantiene con el darwinismo y la termodinámica; ni la economía neoclásica de su relación con la mecánica o con otros mecanismos de pensamiento.

—¿La interdisciplinariedad no debe intervenir, por ejemplo, cuando se aborda la cuestión del alza del coste del trabajo? En cierto análisis de la crisis se la considera únicamente como una causa de la ruptura del equilibrio del mercado. Ahora bien, la realidad es más amplia. Se trata también de la relación del hombre

con su trabajo, del sentido que pone en él, etc.

J. A.—Es verdad. Hay que destacar la globalidad de los fenómenos. Esta globalidad depende hoy de dimensiones sociales extremadamente complejas, que integran las dimensiones culturales. Las interdisciplinariedades anteriores no destacaban este fenómeno porque se interesaban por la fuerza, es decir, por la energía, antes que por la información. La interdisciplinariedad nueva, en cambio, permite valorar la función y la dimensión culturales de la sociedad.

—Así pues, ¿la interdisciplinariedad cristaliza en el corazón de la cultura?

J. A.—Esto es lo que sucede, efectivamente, desde que las teorías de la organización y de la información sirven de fundamento a la interdisciplinariedad. Un análisis teórico de la sociedad ya no puede soslayar una interpretación de los fenómenos culturales. Y esto es algo muy positivo: la cultura es la significación que da una sociedad de su propia supervivencia, el sentido mismo que otorga a la violencia y a la no-violencia. Cabe incluso añadir que no se puede comprender una sociedad sin comprender al mismo tiempo la significación que da a la cultura. Está claro que, en nuestras sociedades, cada vez es más importante el hecho de que cada actor social se halla en situación de no poseer ya cultura, es decir, de estar aislado, parcelado, en el marco de una división del trabajo cultural que puede compararse a la del trabajo económico. Se comprende el peligro de tales situaciones.

—¿Y por qué se ha llegado a esto?

J. A.—Porque existe una *mimesis* suicida, una tendencia a la identificación que constituye una forma de evolución hacia la parcelación y la nivelación con la supresión de las diferencias mediante la mercancía. Esta última engendra un proceso de uniformización y, por consiguiente, de creación de rivalidades y de violencia.

¿Qué proyecto cultural?

—Usted afirma en su libro que hay que diferenciar a los hombres para que exista la posibilidad de no-violencia...

J. A.—Exactamente. Ahora bien, la función de la sociedad de mercado es la de nivelar la diferencia. Este es el drama. Paradójicamente, la división del trabajo conduce a suprimir las diferencias.

—En efecto, el desarrollo de la sociedad de mercado ha ido a la par con el declinar de las culturas artesanales y obreras tradicionales, con la desaparición de las culturas regionales, etc. Se puede pensar que los individuos parcelados por el trabajo hayan desistido de producir síntesis que les sean propias. Pero, ¿la razón principal de la división del trabajo no es el aumentar los beneficios?

J. A.—No hay que confundir el punto que alcanza un automóvil en la carretera con el motor que lleva dicho automóvil. El motor es el beneficio; el punto alcanzado es la sociedad nivelada en la que no se comunican más que mercancías. Para seguir con la metáfora, el motor es más eficaz en una carretera en pen-

diente. Y quiero subrayar que para obtener beneficios con más facilidad, esta carretera con mayor pendiente es la de la mercantilización de las relaciones sociales.

—En la actualidad, lo económico tiende a sustituir a lo ético. Parece que no cabe llegar a ningún acuerdo colectivo si no es en torno a lo económico. ¿Cabe imaginar que lo económico acabará siendo el motor cultural de nuestra sociedad?

J. A.—Seguramente no. Una sociedad nunca ha salido de una crisis si no se han reunido tres condiciones que son siempre las mismas: tener capital, dominar una tecnología que permita reducir los costes sociales y disponer de un proyecto cultural que dé un sentido a esta reducción. Ninguna de las tres condiciones es suficiente, pero las tres son necesarias simultáneamente.

—Pero si no se piensa en salir de la crisis y se miran las cosas tal y como son, ¿no se advierte cierta aceptación de lo económico como ética cultural?

J. A.—Es ahí donde la sociedad está en crisis. Pero el querer salir de la crisis no es soñar. Hay naciones o regiones que están hoy en trance de salir de ella porque han reunido las tres condiciones: California, el Japón y algunos países de Asia. Por el contrario, todos los países que se contentan con el modo de organización anterior donde lo económico constituía de suyo la cultura, están muertos.

—¿No es un poco aventurado decir que el Japón, California, etc., salen de la crisis cuando mantienen las mismas

relaciones con el tercer mundo y encontramos todavía infinidad de fermentos de crisis?

J. A.—No, porque en la lógica capitalista salir de la crisis es justamente avanzar en las relaciones de dominio del tercer mundo. La salida de la crisis fortalecerá el estado de inferioridad del tercer mundo. En términos más amplios, en cada salida de la crisis las relaciones sociales se hacen cada vez más mercancía. Los móviles de los hombres son cada vez más monetarios. La cultura, que tiene como función orientar la violencia, la orienta hacia un pulso de poder que se torna progresivamente en un pulso de competición económica, es decir de beneficio, de poder, de dinero, cuando podría orientarse hacia un pulso de creación, de expansión o de conquista cultural.

—¿Hasta dónde se puede llegar en esta dirección?

J. A.—Lo ignoro. El proceso no cambiará hasta que no se invente otra forma de salida distinta de la que está escribiéndose en este momento.

¿Qué tecnología?

—Usted ha citado tres elementos cuya conjunción permite salir de la crisis. El elemento central parece ser el control de la tecnología. ¿Es posible crear una tecnología que no sea una mercancía?

J. A.—El nudo de la cuestión está en el control político sobre la tecnología que, sin duda, es el problema más difícil de las postrimerías del siglo XX. El siglo XVIII permi-

tió controlar bastante bien la política en el sentido tradicional de la palabra: los derechos del hombre, la libertad formal... El siglo XX, por otra parte, ha inventado el control del capital: el marxismo y las sociedades llamadas socialistas. El papel del siglo XXI será el de inventar una forma de organización política que posibilite controlar la tecnología sin necesidad de poner en cuestión las demás libertades. Eso significa crear nuevas instituciones políticas. Debemos procurarnos los medios de decidir democráticamente y libremente la utilización de la tecnología. En este sentido, hay que conseguir estar en condiciones de tomar las resoluciones que no se adoptaron en el pasado: transportes en común colectivos o automóvil, lavadora colectiva o individual... Ahora se trata de elegir entre el videodisco o el magnetoscopio, o entre los sintetizadores abiertos o cerrados; es decir, el derecho o no de elaborar uno mismo su propia imagen o su propia música.

—¿No existe el peligro de que la producción tecnológica pueda escapar al control político, en la medida en que pueda dejar de ser previsible?

J. A.—No lo creo en absoluto. En la actualidad sabemos cuáles son las grandes mutaciones tecnológicas para los próximos treinta años y, por lo tanto, podemos discutir sobre ellas.

—Más allá de estas opciones que han de tomarse, ¿no hay que debatir también la organización de las ventajas procuradas por los avances tecnológicos? Al decir esto estoy pensando en la máquina

de vapor; se le ha dejado desarrollarse sin pensar en toda la estructura social que iba a emerger a partir de ella. De la misma manera, ¿en una sociedad informatizada, el tiempo ganado gracias al ordenador tendrá un precio, un propietario, o bien será considerado como un logro cultural? ¿Acaso tenemos los medios de imponer el ordenador como algo distinto de un simple bien de consumo?

J. A.—Este es uno de los grandes retos de la crisis actual, que exige grandes resoluciones políticas. En este marco, precisamente, se inscribe el proyecto que yo llamo socialista: actuar de manera que las gentes tengan los medios de disponer de herramientas, no para sufrir las normas que les fijan los demás, sino para poder definir por sí mismas su propia norma. Para que ese proyecto se realice, se precisa una combinación de deseo y de rebeldía.

—¿El poder político tiene los medios de satisfacer semejantes aspiraciones?

J. A.—Podría tenerlos si, en la juventud y en el mundo europeo, no hubiese esta formidable pérdida de la capacidad de indignación. Ya que, de hecho, el problema principal, hoy, no es tecnológico, ni técnico, ni tampoco científico; consiste en saber si, en la juventud actual, hay o no una capacidad de indignación.

—Como usted mismo señalaba, para Ilya Prigogine e Isabel Stengers, la facultad de organizar un sistema a partir de una perturbación disminuye con la facilidad de comunicación. Efectivamente, el «umbral de nucleación» —definido como medida mínima

necesaria para que se amplifique una perturbación en vez de que desaparezca— aumenta con la velocidad de comunicación en el sistema. Este aumento incrementa, por lo tanto, de manera considerable las exigencias requeridas para que una perturbación provoque un cambio en la organización del sistema³. En este caso, si la capacidad de indignación necesaria para la creación de nuevas normas parece que falta, ¿no podría estar, quizá, en razón del papel creciente de la comunicación y, en particular, de la información?

J. A.—El papel creciente de la comunicación y de la información participa, en efecto, en los procesos de normalización y de *standarización*. Cuando vemos las mismas emisiones de televisión, con las mismas ideologías, los mismos sistemas de valores, los mismos símbolos de poder, de riqueza, de triunfo, etcétera, está produciéndose una nivelación.

¿Cuáles son los campos de acción?

—¿No tiene usted la impresión de que la tecnología ya ha elegido entre la creación, por una parte, y la uniformización mediante una comunicación indiferenciada, por otra? Basta ver los medios que se dedican a la una y a la otra...

J. A.—No. La tecnología sigue siendo todavía algo decidable. Continúa estando abierta la posibilidad de una opción entre las tecnologías de creación y las tecnologías de alienación. En este sentido, un período de crisis es particularmente interesante porque abre posibilidades de op-

ción. Como intelectual estimo, pues, importante el comprometerlos en un período político con un político para hacer de modo que las cosas puedan transformarse.

—¿Con el dominio de la tecnología podremos detener este crecimiento de la comunicación indiferenciada?

J. A.—No se trata de detener o de dar marcha atrás, sino de utilizar la tecnología de modo tal que proporcione a todos medios de creación y no medios de espectáculo. La elección reside en crear o en ser espectador. Hay que multiplicar los polos de creación.

—Pero el desarrollo tecnológico no se mueve en esta perspectiva...

J. A.—Ciertamente, es ahí donde se plantea el problema. Ahora bien —y me repito—, la función de una crisis es el hacer decidibles cosas que, antes, estaban en un orden fijado. Hay tecnologías modernas que pueden ser formidablemente útiles para hacer creadoras a las gentes; al mismo tiempo, hay que liberar también a esas gentes de la tecnología para permitirles crear simplemente, practicando la jardinería, el *bricolage*, etcétera.

—Ante una perspectiva tan simple y sonriente, ¿por qué la tecnología se orienta más bien hacia la alienación?

J. A.—Porque no está inserta en un proyecto cultural por medio del cual las perso-

nas experimenten el deseo de crear y no el de acumular; porque —recordando la metáfora de hace un momento— la tecnología sigue la línea de la mayor pendiente, que es la ley del beneficio.

—¿Y qué es lo que hará cambiar la orientación de la pendiente?

J. A.—Una correlación de fuerzas.

—¿Eso quiere decir medidas de coacción?

J. A.—No, ¡medidas de seducción! Habrá que actuar de modo tal que los individuos sientan el ansia de vivir de otra manera.

—Eso es... maravilloso. Pero, admitiendo que ustedes, socialistas franceses, triunfaran en esa empresa, ¿cree usted posible influir, mediante la detentación de un poder nacional, sobre una producción tecnológica profundamente enraizada en un juego de control multinacional?

J. A.—Es un problema de envergadura de la acción. Se necesita una dimensión que sea lo suficientemente grande. La escala de una pequeña nación como Bélgica no basta, y la de una nación como Francia apenas alcanza. Está claro que una política de control sólo tiene una significación duradera si, a escala del continente, pueden establecerse normas de utilización tecnológica. Hay que someter el derecho de establecimiento de las multinacionales y la

venta de sus productos al respeto de ciertas condiciones referentes a la utilización de las tecnologías. Tales medidas serían lo bastante disuasorias como para llevar a esos grupos a comportarse correctamente.

—¿Y cómo es que el Japón y otros países asiáticos han logrado escapar a ellas?

J. A.—Sí, por el cierre de sus fronteras. Esa es la única manera, la que siempre se ha empleado. Pensemos en la historia de las grandes ciudades-centros: todas han empezado por cerrarse a los influjos exteriores.

—Si he comprendido bien, una sociedad no puede abrirse más que después de haberse dado los medios de su proyecto. Pero, ¿el sistema capitalista no se suicidaría si aceptase el ver puesta en tela de juicio su ideología dominante: el libre cambio?

J. A.—Sí. Esa es la razón por la que semejante política sólo es posible si se crea un *consensus* social alimentado por la voluntad de preservar una identidad. En el momento presente, la opción de una nación se halla entre un documento de identidad y un documento de crédito. ¿Reivindicamos una especificidad o queremos estar integrados en un sistema mundial vigoroso y mercantil?

¹ *La nouvelle économie française*. París. Flammarion, 1978. 252 págs.; *Les trois mondes, pour une théorie de l'après-crise*. París. Fayard, 1981. 335 páginas.

ENTREVISTA

² Esas teorías proceden de una misma preocupación: comprender mediante instrumentos matemáticos fenómenos cualitativos y, por lo tanto, no mensurables. Cada una de ellas se desarrolla en un campo disciplinario diferente: geometría para la teoría de las catástrofes de René Thom; termodinámica para la teoría de las fluctuaciones, elaborada principalmente por la escuela de Bruselas (De Donder, Prigogines, etc.); biología para la teoría de la información, elaborada por Atlan.

La teoría de las catástrofes, después de haber hecho una clasificación de las singularidades en geometría, estudia el fenómeno

morfológico de la transición de una forma a otra, es decir, el cambio por discontinuidad.

La termodinámica irreversible, en vez de estudiar las transiciones de un equilibrio a otro, se proyecta sobre los sistemas que se hallan lejos del equilibrio e intenta explicar las fluctuaciones aleatorias que provocan la aparición de un orden suplementario, de una auto-organización.

La teoría de la información, que recuerda más adelante Jacques Attali, se interesa por la auto-organización de un sistema que, al recibir una información exterior, la transforma en información ordenada.

Por lo que se refiere a la semiología, ésta es, según el *Robert*, la ciencia de los sistemas de signos: lenguas, códigos, señalizaciones, etcétera.

³ I. Prigogine e I. Stengers: *La Nouvelle alliance*. París. Gallimard, 1979, págs. 177 y ss. Véase sobre esta obra importante: Georges Thill: *A propos de la Nouvelle Alliance: la science en métamorphose?*, *La Revue Nouvelle*. Octubre, 1980. 363 páginas.

**Nicole DEWANDRE
y Benoit REMICHE**

© Revue Nouvelle
Traducción:
J. A. Matesanz

